

Bálsamo se quedó pensativo, y luego dijo :

— Quizá se hubieran salvado, á no ser por la coquetería de una mujer : una cortesana los precipita al más profundo abismo con su delicado pie. ¡ Está visto que Dios nos protege !

## XXVI

## La sangre

Apenas se había cerrado la puerta por donde salió la Dubarry, cuando ya subía Bálsamo por la escalera excusada, y entraba en el cuarto de las pieles.

La conversación con la condesa había sido larga, y él tenía mucha prisa por dos causas : la primera, por el deseo de ver á Lorenza, y la segunda, por el temor de que esta joven estuviese fatigada ; porque, en la nueva vida que le había dado, si bien no cabía el fastidio podía fatigarse mucho, como le sucedía á veces, al pasar del sueño magnético al éxtasis. Al éxtasis casi siempre sucedían crisis nerviosas que hacían sufrir horriblemente á Lorenza, si la intervención del fluido reparador no iba á establecer un equilibrio satisfactorio entre las diversas funciones del organismo.

De consiguiente, así que Bálsamo volvió á cerrar la puerta, fijó con rapidez la vista en el canapé en que había dejado á Lorenza.

Ésta no estaba ya allí : pero la rica manteleta de cachemira bordada de flores de oro con que se cubría, estaba sobre los almohadones como para atestiguar que su dueño había permanecido en aquel aposento y reposado sobre aquel mueble.

Bálsamo se quedó inmóvil, con la vista clavada en el canapé solitario. Quizá Lorenza se había sentido incomodada por un olor extraño que parecía haberse

esparcido por el aposento desde que ella había salido; quizá, por un movimiento maquinal, había usurpado los hábitos de la vida real, y había mudado de sitio instintivamente.

El primer pensamiento de Bálamo fué que Lorenza había entrado en el laboratorio donde la había conducido poco antes.

Entró pues en él. Á primera vista parecía vacío; pero una mujer se podía ocultar fácilmente detrás del gigantesco hornillo, ó de las colgaduras que representaban personajes del Oriente.

Levantó las colgaduras y dió una vuelta al rededor del hornillo, pero no halló ni huella siquiera de haber estado allí Lorenza.

Faltaba examinar la habitación de la joven donde indudablemente habría entrado. Esta habitación servía de cárcel á Lorenza cuando estaba despierta.

Corrió pues á ella, y halló la puerta cerrada.

Sin embargo, esto no probaba que Lorenza no hubiese entrado en ella, pues nada se oponía á que, en su sueño tan lúcido, se hubiese acordado de aquel mecanismo, y obedecido á las alucinaciones de un sueño mal disipado.

Bálamo empujó el resorte, pero encontró el cuarto tan vacío como el laboratorio, y sin la menor señal de que Lorenza hubiese entrado allí.

Entonces una idea dolorosa que, como recordarán nuestros lectores, había asomado ya á su espíritu, vino á disipar todas las suposiciones y esperanzas del amante dichoso.

Lorenza habría disimulado; habría fingido dormir, para disipar toda desconfianza, toda inquietud y vigilancia en el ánimo de su esposo, y aprovechando aquella primera ocasión de libertad, habría vuelto á escaparse, más segura de lo que debía hacer, puesto

que se hallaba aleccionada por la primera, ó más bien la segunda experiencia de fuga.

Bálamo dió un brinco cuando se le ocurrió esta idea, y llamó á Fritz.

Luego, figurándose en su impaciencia que éste tardaba, corrió á su encuentro y le halló en la escalera excusada.

— ¿Y la señora? dijo.

— ¿Qué hay, señor? preguntó Fritz, comprendiendo por lo conmovido que estaba Bálamo que había sucedido alguna cosa extraordinaria.

— ¿La has visto?

— No, señor.

— ¿No ha salido?

— ¿De dónde?

— De casa.

— La única persona que ha salido es la condesa, y yo mismo acabo de cerrar la puerta.

Bálamo volvió á subir como un loco; y se figuró que aquella loca joven, tan diferente estando dormida de cuando estaba despierta, se le habría antojado jugar como un niño; en una palabra, que estaría escondida en algún rincón, y desde allí se entretenía en asustarle, para tranquilizarle en seguida.

Entonces emprendió un minucioso registro, no perdonando rincón, armario ni biombo, y notándose en sus pesquisas los síntomas de un hombre ciego por la pasión, de un loco sin vista, de un borracho que se bambolea. Sólo tenía fuerzas para abrir los brazos y gritar: « ¡Lorenza, Lorenza! » esperando que aquella criatura á quien adoraba fuese á arrojarle en ellos de pronto exhalando un grito de júbilo.

Pero el silencio, un silencio triste y obstinado fué la única respuesta que obtuvo en medio de su extrava-

gante pensamiento, lo único que contestó á su insensato llamar.

Bálsamo invirtió tres minutos, es decir, tres siglos de agonía en correr de acá para allá, revolver los muebles, hablar con las paredes, llamar á Lorenza, mirar sin ver, escuchar sin oír, palpar aunque sin vida, y estremecerse aunque sin saber si pensaba.

Al fin salió de aquel estado de alucinación, pero medio loco, metió la mano en un vaso de agua helada, se mojó con ella las sienes, y luego, apretando las manos una contra otra, como para obligarse á sí propio á permanecer inmóvil, calmó, por medio de la voluntad, el ruido importuno de aquel batidero de la sangre contra el cráneo, ruido funesto, incesante y monótono, que cuando no se oye indica vida con tal que se mueva sosegadamente, pero que cuando es perceptible y acelerado significa muerte ó locura.

— Vamos, dijo, racionemos ; no hay subterfugios que valgan ; Lorenza no está aquí, y de consiguiente ha salido. Sí, ¡ salido, salido !

Y volvió á mirar en su derredor, llamándola otra vez.

— Nada : ha salido, repitió, y en vano sostiene Fritz que no la ha visto. Ha salido, ha salido. Dos casos se presentan aquí : ó efectivamente Fritz nada ha visto, lo cual bien examinado es posible, porque el hombre está sujeto á equivocaciones, ó bien la ha visto, y Lorenza le ha ganado... ¡ Ganar á Fritz !... ¡ Y por qué no ? En vano aboga contra esta suposición su anterior fidelidad, pues si Lorenza, si el amor, si la ciencia han podido engañar y mentir hasta tal punto, ¿ por qué no ha de engañar también una criatura humana, cuya naturaleza es tan frágil y falible?... ¡ Oh, yo lo sabré todo ! ¿ No me queda la señorita de Taverney ? Sí, por Andrea sabré la traición de Lorenza y de Fritz ; y, ¡ oh ! lo que es esta vez, como el amor haya sido men-

tira, como la ciencia haya sido un error, y la fidelidad un lazo tendido á mi confianza, Bálsamo castigará sin compasión, sin reserva, como un hombre poderoso que se venga, para lo cual desecha la misericordia y conserva únicamente la soberbia... Vamos, todo está reducido á salir cuanto antes, no dejar que Fritz adivine mi intento, y correr á Trianon.

Y cogiendo el sombrero que había rodado por el suelo, se lanzó á la puerta.

Empero se detuvo de pronto y dijo :

— ¡ Oh ! ante todo es mi pobre viejo, ¡ Dios mío ! ¡ Me había olvidado de él ! Es preciso que yo vea á Althotas antes de salir. Durante este acceso de delirio, durante este espasmo de amor monstruoso, he abandonado al infeliz viejo, cometiendo en esto una ingratitud y una inhumanidad.

Y Bálsamo, con aquella actividad febril que animaba todos sus movimientos, se acercó al resorte que hacía moverse la báscula del techo.

Al punto descendió con rapidez aquel armazón movable.

Bálsamo se colocó en él, y con el auxilio del contrapeso, principió á subir, pero con el corazón enteramente turbado aún y sin pensar más que en Lorenza.

Apenas llegó al nivel del cuarto de Althotas, llegó á sus oídos la voz del anciano y le sacó de su dolorosa contemplación.

Pero, con gran asombro de Bálsamo, sus primeras palabras no fueron una reconvención como se prometía, sino una explosión de alegría natural y franca.

El discípulo fijó en su maestro una mirada de asombro.

El viejo estaba arrellanado en su sillón de resortes, aspirando ruidosamente y con delicia, como si á cada aspiración recobrase un día de vida, clavando con

impertinencia en su visitante unos ojos llenos de un fuego sombrío, si bien la sonrisa que brillaba en sus labios suavizaba su expresión.

Bálsamo reunió sus fuerzas y sus ideas para no dejar traslucir su turbación al maestro, tan poco indulgente con las debilidades humanas.

Durante aquel minuto de recogimiento, Bálsamo sintió una opresión extraña en su pecho. El aire se había viciado sin duda por una absorción constante; un olor pegajoso, desagradable, tibio y nauseabundo, semejante al que había respirado ya abajo, aunque en menos grado, impregnaba el aire, y á la manera de esos vapores que se desprenden de las lagunas y los pantanos en otoño al salir ó ponerse el sol, se había condensado y empañado los cristales.

En aquella atmósfera espesa y acre, se le oprimió á Bálsamo el corazón, se le enardeció la cabeza, le acometió un vértigo, y sintió que iban á faltarle las fuerzas y la respiración.

— Maestro, dijo buscando un punto sólido en que apoyarse y tratando de ensanchar su pecho, aquí no podéis vivir, pues no se respira.

— ¿Te parece así?

— ¡Oh! sin duda.

— Sin embargo, yo respiro perfectamente, replicó Althotas con socarronería, y vivo como lo ves.

— Maestro, maestro, dijo Bálsamo cada vez más mareado, dejadme abrir una ventana, porque no parece sino que de este pavimento se desprende como un vapor de sangre.

— ¡De sangre! ¡Ah! ¡conque te huele á sangre?... exclamó Althotas soltando una carcajada.

— ¡Oh! ¡sí, sí! siento los miasmas que exhala un cuerpo recién muerto; y es tanto lo que gravitan sobre mi cerebro y corazón, que podría pesarlos.

— Eso es, dijo el viejo con su sonrisa irónica, eso es; ya lo había yo advertido; sólo que tú tienes un corazón muy tierno y un cerebro muy frágil, Acharat.

— Maestro, dijo Bálsamo señalando con el dedo, tenéis sangre en las manos; la hay en esta mesa, en todas partes, hasta en vuestros ojos, que relucen como dos llamas. Maestro, este olor que se respira aquí, que me marea y me sufoca, es un olor de sangre.

— ¿Y qué? dijo Althotas tranquilamente, ¿es la primera vez que sientes ese olor?

— No.

— ¿No me has visto nunca hacer experiencias? ¿No las has hecho nunca tú mismo?

— ¡Pero no con sangre humana! respondió Bálsamo pasando la mano por su frente bañada en sudor.

— ¡Ah! ¡qué fino olfato tienes! dijo Althotas. Y bien, jamás hubiera creído que se pudiese distinguir con el olfato la sangre humana de la de otro animal cualquiera.

— ¡La sangre humana! murmuró Bálsamo.

Y al buscar algún mueble para apoyarse, percibió con horror un ancho barreño de cobre cuyas brillantes paredes reflejaban el color purpúreo de la sangre recién sacada.

La enorme vasija estaba llena hasta el medio.

Bálsamo retrocedió espantado.

— ¡Oh! ¿de dónde proviene esa sangre? exclamó.

Althotas no contestó, pero no perdía de vista ninguna de las fluctuaciones y de los terrores de Bálsamo.

De pronto dió éste un grito terrible. Luego, bajóse como para recoger del suelo una cinta de seda recamada de plata, de la que pendía una larga trenza de pelo.

Después de aquel grito agudo, doloroso y supremo, reinó un momento de silencio en el cuarto del viejo.

Bálsamo levantó con lentitud aquella cinta, y examinó con terror aquellos cabellos, á cuyo extremo, del lado de la cinta, estaba preso un alfiler de oro, mientras que en el lado de su corte parecían formar una franja que destilaba gotas de sangre.

Á medida que Bálsamo levantaba la mano, le temblaba ésta cada vez más.

Á medida que Bálsamo miraba con más atención aquella cinta ensangrentada, se ponían sus mejillas más amaratas.

— ¡ Oh ! ¿ de dónde proviene esto ? murmuró, pero en tono bastante alto, para que sus palabras fuesen una pregunta para cualquier otro que no fuera él.

— ¿ Eso ? dijo Althotas.

— Sí, esto.

— Es una cinta de seda para el pelo.

— ¿ Pero de qué está mojado este pelo ?

— De sangre ; ya lo ves.

— ¿ Y qué sangre es esa ?

— ¡ Cuál ha de ser, vive Dios ! la que necesitaba para mi elixir, la que no quisiste darme y he tenido que proporcionarme yo mismo en vista de tu negativa.

— ¿ Pero á quién habéis cortado esta trenza, de quién es esta cinta ? ¿ Esta no pertenecía á un niño !

— ¿ Y quién te ha dicho que he degollado á un niño ? preguntó Althotas con tranquilidad.

— ¿ No necesitabais sangre de un niño para hacer vuestro elixir ? exclamó Bálsamo, ¿ no me habíais dicho esto ?

— Ó de una virgen, Acharat, ó de una virgen.

Y Althotas alargó su descarnada mano, tomando de encima del brazo del sillón una redoma, cuyo contenido saboreó con delicia.

Luego con el tono más natural del mundo, con el más afectuoso acento, dijo :

— Has hecho bien, Acharat ; has obrado con prudencia y previsión en colocar á esa mujer debajo de este piso, y casi donde yo pudiera alcanzarla, porque así no tiene de qué quejarse la humanidad, ni que reprender la ley cosa alguna. No has sido tú quien me ha entregado la virgen, sin cuya sangre hubiera muerto tu maestro, la he cogido yo : gracias, pues, amado discípulo ; gracias, mi querido Acharat.

Y otra vez se llevó á los labios la redoma.

Bálsamo dejó caer la trenza de pelo que tenía en la mano, pues una luz horrible acababa de deslumbrar su vista.

Enfrente de él había una gran mesa de mármol que el viejo tenía siempre atestada de plantas, libros y redomas ; pero á la sazón estaba cubierta con un largo paño de damasco blanco salpicado de flores oscuras, dando en él la rojiza luz que despedía la lámpara de Althotas, la cual dibujaba unas formas siniestras que Bálsamo no había notado hasta entonces.

Éste cogió el paño por una punta y tiró con fuerza.

Empero entonces se le erizaron los cabellos, y su boca entreabierta no pudo dejar escapar el horroroso grito que se ahogó en el fondo de su garganta.

Bajo aquel sudario descubrió el cadáver de Lorenza, tendida sobre la mesa, con el rostro amarotado, pero risueño aun, y cuya cabeza colgaba hacia atrás como arrastrada por el peso de sus largos cabellos.

Por cima de la clavícula tenía una ancha herida, y ni una gota de sangre destilaba ya.

Sus manos estaban tiesas, y sus ojos cerrados bajo unos párpados de color de violeta.

— Sí, sangre, sangre de virgen ; las tres últimas gotas de la sangre arterial de una virgen ; esto era lo que necesitaba, dijo el viejo recurriendo por tercera vez á su redoma.

— ¡ Miserable ! exclamó Bálamo, cuyo desesperado grito salió al fin por cada uno de sus poros : ¡ muere, miserable, porque hace cuatro días que era mi querida, mi amante, mi esposa ! ¡ La has asesinado para nada, porque no estaba virgen !.....

Los ojos de Althotas temblaron al oír estas palabras, como si un sacudimiento eléctrico los hiciera conmovirse en sus órbitas ; sus pupilas se dilataron de un modo espantoso ; sus encías, porque no tenía dientes, rechinaron, y su mano dejó caer la redoma sobre el entarimado, haciéndose mil pedazos, mientras que él, estupefacto, anonadado, herido en el cerebro al mismo tiempo que en el corazón, caía pesadamente contra el respaldo de su sillón.

En cuanto á Bálamo, se inclinó sollozando sobre el cadáver de Lorenza, y se desmayó al querer besar sus ensangrentados cabellos.

## XXVII

## Dios y el hombre

Las horas, estas extrañas hermanas que, asidas de la mano, pasan con vuelo tan lento para el desgraciado y tan rápido para el hombre feliz, pasaron silenciosas replegando sus pesadas alas, en aquella habitación poblada de suspiros y sollozos.

En un lado se hallaba la muerte, y en el otro la agonía.

En el medio estaba la desesperación tan dolorosa como la agonía, y tan profunda como la muerte.

Desde el grito doloroso que había desgarrado su garganta, Bálamo no había vuelto á proferir una sola pabra ; desde aquella fulminante revelación que había abatido el feroz júbilo de Althotas, no había hecho ningún movimiento.

En cuanto al repugnante viejo, vuelto violentamente á la vida, tal como Dios la ha dado á los hombres, parecía tan fuera de su centro en aquel elemento nuevo para él, como el pájaro que herido por un perdigón cae desde lo alto de una nube en un lago, en cuya superficie se debate sin poder desplegar sus alas.

El asombro pintado en aquella cara lívida y desencajada revelaba la inconmensurable extensión de su desilusión.

En efecto, Althotas ni siquiera se tomaba ya el trabajo de pensar, desde que sus pensamientos habían